

Pregón de la Semana Santa de Valladolid en Madrid

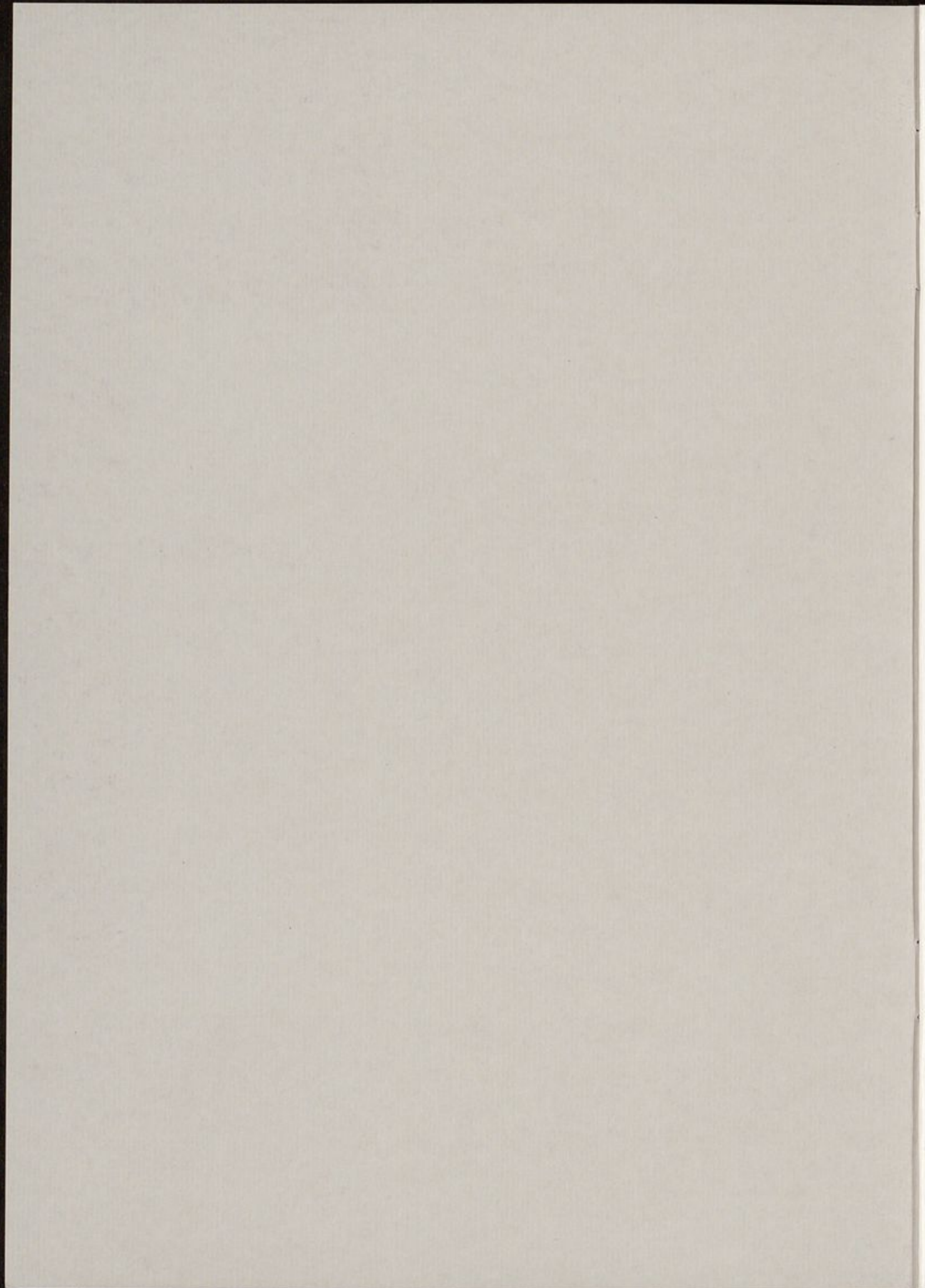


C.139

7

Godofredo Garabito Gregorio

Madrid 2005



ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE VALLADOLID EN MADRID

3 de marzo de 2005

Biblioteca del Archivo



1293536
C.139-7

R. 14014

THE HISTORY OF THE
CITY OF BOSTON

The first settlement in Boston was made in 1630 by a group of Puritan settlers from England. They came to the city in search of a place where they could practice their religion freely and build a community based on their religious principles. The city grew rapidly and became one of the most important centers of commerce and industry in the New England region.

In 1773, the city was the site of the Boston Tea Party, a protest against British taxation. The protesters dumped tea into the harbor, an act that led to the closure of the harbor and the start of the American Revolution. Boston played a key role in the early years of the war, and the city was the site of the Battle of the Clouds in 1775.

The city continued to grow and prosper in the years following the war. It became a major center of industry and commerce, and its population increased significantly. The city was also the site of the Boston Massacre in 1770, a key event in the American Revolution.

The city's history is a testament to the resilience and determination of its people. It has overcome many challenges and emerged as a major center of industry and commerce. The city's rich history and cultural heritage are a source of pride for its residents and a source of inspiration for the world.

Excmas. e Ilmas. autoridades. Señoras y señores:

Han de ser mis primeras palabras de gratitud al Excmo. Ayuntamiento de Valladolid; a su Alcalde, Excmo. Sr. D. Francisco Javier León de la Riva, y concejales, especialmente a los de Cultura y Turismo; a la Junta de Cofradías de Semana Santa de la ciudad del Pisuerga y a su Presidente, D. José Miguel Román Vaquero; al Excmo. Ayuntamiento de Madrid, y al Presidente de la Casa de Valladolid en Madrid, por haberme invitado a pronunciar el Pregón de la Semana Santa vallisoletana en el corazón de España o, como diría Lope de Vega en su romance *Sobre lo que es la corte*: «Famoso ombligo de España». Era aquella corte de quevedescas literaturas. Era aquella corte que pasó por Valladolid a principios del XVII y que dejó honda huella intelectual no exenta de ironía.

Heme aquí, pues, ante un reto. El reto que me ha lanzado mi querido amigo y Presidente de la Casa de Valladolid en Madrid, D. Juan José Cantalapiedra, sabiendo además que ésta es la tercera vez que levanto mi voz pregonera en esta Villa y Corte, ante la Junta de Cofradías de mi ciudad, un muy representativo grupo de autoridades y medios de comunicación vallisoletanos, no pocas autoridades madrileñas y un numeroso público, ávido de conocer o recordar cuanto supone la Semana Santa en la urbe de las Esguevas.

Gracias, en definitiva, a cuantos han permitido que este noble salón del Madrid de los Austrias, instalado en la Casa de la Panadería, sirva de continente a un contenido lírico y fervoroso, que asumo con respeto. Ruego se me acepte tal y como soy y como vengo, pues sé que, de la misma manera que lo hizo Tirso de Molina, descendiente de los Téllez Girón, familia titular de la noble Casa de Osuna, puedo exclamar complacido: «¡Oh, Madrid, hermoso abismo de hermosura y de valor!».

Con no poco pudor me encuentro aquí, desde ese Valladolid antigua sede cortesana, acostumbrada a celebrar fastos reales, desde que su historia quedara marcada por la huella del conde fundador Pedro Ansúrez, visible en su palacio y en Santa María de la Antigua, cuya torre, cual pétrea jaculatoria, se yergue como emblema de la población. Ciudad que es panteón de la reina María de Molina y cuna de Felipe II. Lugar donde Felipe III vio nacer a su heredero y donde, al amparo de la presencia real, vivieron, entre otros,

Góngora, Quevedo o Cervantes, cuya casa es aún prez de los vallisoletanos, ya que lo cobijó mientras escribía parte de esa obra inmortal, *El ingenioso hidalgo don Quijote*, cuyo IV Centenario estamos celebrando al conmemorar la publicación de la primera parte, pese al desamparo político del gobierno central.

En Valladolid dejaron su impronta insignes artistas capaces de plasmar el esplendor del Renacimiento y el Barroco, como Alonso Berruguete, Juan de Juni, Gregorio Fernández y otros que, con ellos, protagonizaron un período cumbre en la imaginería puesta al servicio de la fe, en el entorno en que, avanzado el siglo XV, los Reyes Católicos sellaron su unión matrimonial y moría Cristóbal Colón al alborear la centuria siguiente.

Valladolid siguió su camino, no exento de infortunios, consolidando su vocación literaria y poética en el siglo XX con la presencia de Narciso Alonso Cortés, Jorge Guillén, Rosa Chacel, Miguel Delibes, José Jiménez Lozano, Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña, Julián Marías, Francisco Pino y una interminable nómina de escritores y poetas que han ennoblecido con su luz una villa a la que el siglo XVII trajo su universidad; el XVI, de la mano de su hijo Felipe II, el carácter de ciudad episcopal; el XIX su impronta industrial, y el XX la capitalidad de la autonomía castellana y leonesa.

He de admitir que vivir es ir convirtiéndose en recuerdos. Es aquí donde la modesta antorcha de mi vida, hecha de retazos familiares por la meseta de Torozos, universitaria y empresarial por la ciudad Pinciana, creadora de una familia a la vera del Pisuerga, académica en la Real de Bellas Artes con sede en la vallisoletana Casa de Cervantes, quiere, con su humilde luz, colocar sobre el armario de mi numen el caudal capaz de convertirme en pequeño heraldo de los hechos grandes de nuestra historia, más allá incluso de nuestras fronteras y del Atlántico.

Me atrevo, en consecuencia, a confesar que no sé muy bien si voy a pregonar la Semana Santa de Valladolid en este año 2005 o si, más bien, voy a desgranar, con toda sencillez, el pregón de mi vida. Es decir, pregonarme cómo he podido vivir tantas Semanas Santas en las auras de mi adolescencia infantil, en la insensatez de mi juventud o en la madurez de mi vida, experimentando lo que numerosos vallisoletanos podrían corroborar en su propio discurrir vital. A pesar de haber pregonado muchas Semanas Santas por distintas ciudades de España, incluso más allá de mi región, no ocultaré el contraste experimentado por mis sentidos ante el esplendor barroco de

Palios y Misterios en Andalucía; frente a la dulzura salcillesca que nos habla de la huerta murciana; ante la parda austeridad de la zamorana Bercianos de Aliste. Todo un mundo de arte y religiosidad para promover la fe como rica herencia de ancestrales creencias.

Hace unos días se clausuraba en nuestra ciudad una gran exposición organizada por la Junta de Cofradías de Semana Santa con el lema *Varón de Dolores*. De la mano de su comisario, el historiador Javier Burrieza, la muestra contó con piezas destacadas de la gran imaginería de una época por tantos conceptos gloriosa —recogida y dignificada en conventos de clausura u otros rincones inéditos—, basándose en el sólido apoyo del famoso poema del «Siervo de Yhavé», debido al Profeta Isaías. La gran afluencia de visitantes a la barroca sala de «Las Francesas», en la céntrica calle de Santiago, ha demostrado el interés que la Semana Mayor sigue despertando en tantos ciudadanos.

Esta realidad me da pie para acercarme brevemente a tres personalidades de la historia: un poeta pagano, un profeta del pueblo de Israel y un rey veterotestamentario, en los que podemos apreciar un carácter profético. Virgilio, autor de la Eneida, parece prever en su égloga *Polión* la llegada del Mesías, al plasmar el oráculo de la Sibila de Cumas en un cántico «... al recién nacido infante, con el cual concluirá, lo primero, la edad de hierro, y empezará la de oro en todo el mundo». Isaías, cuyo ministerio profético comenzó allá por el año 737 a.C., nos anuncia la Muerte del Salvador en el poema: «Maltratado y afligido, no abrió la boca, como cordero llevado al matadero...». Isaías pone en boca de ese Varón de Dolores aquellas palabras: «El Señor me llamó desde el seno materno, desde las entrañas de mi madre pronunció mi nombre». Al acercarse al Valladolid levítico y conventual de siglos pretéritos se descubren los rincones monacales en los que las comunidades contemplativas conservan, junto a otras obras de gran dimensión pasional, esos Niños Jesús de Pasión que, al hilo del lírico patetismo de Isaías, nos recuerdan: «Sufrió el castigo por nuestro bien y con sus llagas nos curó».

Ese misterio redentor anunciado proféticamente inspira al hijo de Jesé el salmo XVI, en el que el rey David cantaba a los acordes de su arpa: «No dejarás Tú mi alma en el sepulcro, no dejarás que mi sangre experimente corrupción».

Estas tres personalidades del mundo antiguo nos dan la clave de un sentir cristiano de la vida. El Niño que nace en el cántico emocionado de la

égloga; el Hombre que muere, a la edad en que mueren los héroes como Alejandro y los enamorados como Garcilaso, pero que por ser Dios resucita venciendo a la muerte.

Tras este bagaje histórico y profético me permitirán vuelva de la mano de dos poetas a las tierras de Castilla la Vieja. Me ayudarán ese andaluz universal que fue Antonio Machado:

«Castilla mística y guerreña
Castilla la gentil, humilde y brava»,

y el vallisoletano Francisco Pino, hijo de una ciudad tan apegada a las tradiciones de la Semana Santa. Conducido por él, el viajero que llega a Valladolid puede ver y sentir nuestro modo de vivir y beber estas celebraciones:

«Tan sólo aquí, viajero, en esta orilla
del Pisuerga, que cruza la llanura,
comprenderás la voz de la amargura
sin límites, eterna, de la arcilla.
Viajero, aquí hallarás la maravilla
de la tierra que al cielo se apresura
y —abrazándose a él— te lo asegura.
Tan sólo aquí, en el centro de Castilla.
Aquí, donde la luz es trigo y mana,
al corte de la hoz, luz más cercana
que a celeste manjar invita inerte,
ve morir a Jesús. En alba pura
convertirá y en trigo la amargura.
Llegado aquí comprenderás su muerte».

(Francisco Pino)

Introducidos por estos guías bien podemos, vallisoletanos y cuantos deseen vivir las horas de la Pasión en ese corazón de Castilla, acercarnos día

a día a esas escenas de fe que, cada Semana Santa, nos hablan de Redención y, por ende, de la más profunda alegría.

Inauguradas las procesiones pincianas el Viernes de Dolores, con el paso de la Cofradía de la Exaltación de la Cruz y Nuestra Señora de los Dolores por el populoso barrio de las Delicias, el Sábado de Pasión los cofrades de la penitencial de la Sagrada Pasión de Cristo comparten sus plegarias por las vocaciones con las comunidades de religiosas contemplativas de cinco conventos, en el entorno de la vieja judería vallisoletana. El marco nos habla de remotas épocas en que las tahonas amasaban panes ácimos, mientras las hierbas amargas de las huertas eran compartidas en las mesas de rito judío.

Después de estos momentos, el Domingo de Ramos nos trae la popular procesión de la «Borriquilla». Como hace tantas décadas, en nuestros días los niños de colegios y —¡cómo no!— de las hermandades locales acompañan con ilusión inmarcesible al Señor en su Entrada Triunfal en Jerusalén, la Jerusalén del incipiente siglo XXI que construimos en nuestra andadura cotidiana. Nuestros hijos y nietos llena de alegría las calles al acompañar, con las palmas y las ramas de olivo en sus manos, ese entrañable paso de «papelón» con que la Cofradía de la Vera-Cruz hace que, cada año, revivamos el gozo la edad más pura.

El Lunes Santo la ciudad contempla el discurrir de un cortejo de sufrimiento salvífico, al tiempo que la procesión del Santísimo Rosario del Dolor va ayudándonos a contemplar los Misterios Dolorosos de esa piadosa devoción mariana. Gregorio Fernández y sus seguidores dejaron un conjunto de obras magníficas que, constituidas en los seis pasos de esta procesión, nos llevan a Getsemaní, al pretorio, a la calle de la amargura y, por fin, al Calvario. Improperios de luz sobre los hombros desnudos del Nazareno y sobre los hombros de 2.000 niños de historia redentora.

Por ello, cuando llega el Martes Santo, la tradicional plaza del Colegio de Santa Cruz nos acoge e invita a los vallisoletanos a presenciar en oración el emotivo encuentro de Nuestra Señora de las Angustias, hecha causal de clemencia, con Jesús ya cargado con su Cruz, acompañados por los cofrades de Nuestra Señora de las Angustias y del Santo Cristo del Despojo. Con el telón de fondo de un magno Colegio, hoy sede rectoral de nuestra «alma mater», donde se abrazan el Gótico y los primeros atisbos renacentistas, Jesús el Nazareno expresa el sentimiento materno-filial:

«La calle de rencor sobresaltada,
tembloroso mi cuerpo en cercanía
de un anhelo transido de agonía.
Mientras, la turba en gritos desatada,

por calle de amargura mi mirada
se encontró de repente con María.
Más llanto, más dolor, todo asentía
al ver cómo mi Cruz se le hizo espada.

Inefable tesón de tu presencia,
en la cumbre de amor fontana y río,
en la primicia, madre, de tu esencia.

Dolorosa de luz entre el gentío,
abrasada de amor y permanencia,
caudaloso hontanar en desafío».

(G. Garabito, Pregón Nazareno, 2003).

Con la calle de la amargura en el recuerdo y, más aún, en la retina de nuevo nos hallamos ante el Maestro cargado con la Cruz y con el peso de nuestras omisiones. Es Miércoles Santo, día del Viacrucis de la Penitencial de Nuestro Padre Jesús Nazareno, cuya antigüedad se remonta a 1596. Resuenan en nuestros oídos los sentimientos de gratitud del Hijo de Dios ante la ayuda prestada por un hombre humilde. Ese cirineo de la vida que con tanta generosidad nos ayuda, sin desprenderse de su pesar, a llevar nuestro vivir, ascendiendo al Gólgota de nuestro ser en auroras redentoras. Es ese hombre de Cirine, labriego y sencillo, a quien el Nazareno así da las gracias:

«Gracias por tanta ayuda y paso firme
en este caminar de mi quebranto.
De Cirene recibo el suave llanto
para llegar con fuerza hasta morirme.

Que griten, que el caerme es como irme
retirando del Gólgota. Entre tanto,
sé que debo arribar para que un manto
de tinieblas el sol me reafirme.

Luego irás por el mundo redimido,
vestido como el árbol de mi mano,
flor y fruto en verdor de renacido.

cual cosecha de panes en verano.
Y Simón de Cirene bendecido,
triunfante por su esfuerzo sobrehumano».

(G. Garabito, Pregón Nazareno, 2003).

La mañana del Jueves Santo en la ciudad pinciana, tras la solemnidad Crismal celebrada en el templo mayor, magno proyecto arquitectónico de limpios volúmenes debido a Juan de Herrera, nos obsequia con la presencia en las calles del Cristo de la Luz, obra del insigne Gregorio Fernández, acompañado por los cofrades de la Hermandad Universitaria. Después se celebra en todas las parroquias y templos la vespertina Misa «in Coena Domini». Tras ella, queda reservado el Sacramento del Altar con el tributo de las flores que animan la primavera vallisoletana y de la platería, que nos ha legado obras de orfebres de acreditado cuño. Afamados y antiguos damascos ornan siempre el gran misterio eucarístico, mucho más si cabe en un año como el presente, en el que S.S. Juan Pablo II ha mostrado su deseo de que sea un año dedicado a tan augusto Sacramento, al tiempo que, desde el lecho del sufrimiento, convierte su vida en holocausto de entrega como testigo del Evangelio y heraldo de fe, bebiendo todo el dolor de su ancianidad, esforzándose en el trabajo y defendiendo la vida desde la concepción hasta su final natural.

La celebración eucarística tiene hondas raíces en la Cristiandad. Vale la pena recordar la Constitución que para su orden redactó Santa Clara de Asís a principios del siglo XIII, en la que establecía la obligación de comulgar en las siete fiestas más destacadas del santoral.

Este misterio ha suscitado, en todas las épocas, innumerables tratados y cantos de exaltación, ya sea en la teología, la liturgia, la lírica, la música, la iconografía..., alcanzando especial notoriedad a partir de los tiempos del emperador Justiniano.

Acercarse a San Juan de la Cruz, con *La fuente que mana y corre*, es todo un consuelo. El consuelo que brota del Sacramento del Perdón, como

afirma el Santo Padre Juan Pablo II: «El perdón es la condición fundamental de la reconciliación de los hijos con su Padre y de los hombres entre sí». Perdón y Comunión nos dan la dimensión de eternidad que nos transmite San Mateo (26, 29) al recordarnos las palabras del Maestro después de instituir la Eucaristía: «Yo os digo que no beberé más de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros en el Reino de mi Padre». Hemos de tener en cuenta que cada comunión es como una nueva encarnación de Dios en nosotros, que nos hace concorpóreos y consanguíneos suyos.

El Jueves Santo en Valladolid es, por todo ello, día de Eucaristía, previo lavatorio de pies, es decir, de nuestras culpas y pecados; es el día del amor fraterno. Sigue siendo día de visitar los Sagrarios en siete templos, aunque yo eche de menos aquella presencia masiva de damas ataviadas con la clásica mantilla visitando los Sagrarios en la mañana de los Jueves Santos de mi juventud. Es además el día en que los cofrades de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo y de Nuestra Señora de la Piedad, en la procesión de Penitencia y Caridad, ayudan a los enfermos y a cuantos sufren en los hospitales a unir su dolor al de Cristo, ya a punto de comenzar su agónico ascenso al Calvario, camino en el que una joven hebrea, la Verónica, se abre hueco para, con rostro sereno, ofrecer un paño con que enjugar la sangre y el sudor del Condenado, demostrando una vez más la valentía femenina ante la adversidad o ante la injusticia.

Poco después, cuando la tarde se hace Poniente, inicia su marcha la Cofradía Penitencial y Sacramental de la Sagrada Cena. Al franquearse las puertas del templo, a pesar del transcurso irreversible del tiempo, año tras año sigo experimentando el gozo de contemplar ese momento en compañía del hijo del escultor Juan Guraya Urrutia, modelo que inspiró a su padre para tallar la imagen de Jesús de la Esperanza, que abre cada Jueves Santo el desfile procesional por la ciudad donde encontrará a la Virgen de las Angustias. Dejo volar mi imaginación al torrente Cedrón, por donde Jesús ensimismado se acercaría al Cenáculo, para compartir con sus discípulos la Cena Pascual. Es ahí donde habla el aire de la tarde:

«Abrid paso al Señor porque oferente
atrapa nuestra luz entre sus manos,
contagiando de sol los meridianos
con los destellos de su limpia fuente.

Abrid paso al Señor que inmensamente
puro se entregará por los humanos,
cual trigal en sazón de los veranos,
maduro y abismal. Luz trascendente.

Dejad paso a Jesús que, en su Esperanza,
camina con premura hacia la espiga
que, transformada en Pan con su alabanza,

se convierte en su Cuerpo... y no se diga
que cerramos su paso cuando avanza
como dulce rumor de una cantiga...»

(G. Garabito, En torno al Pan y al Vino).

Después de Jesús de la Esperanza, el monumental paso de la Sagrada Cena es reflejo de la gubia de Guraya, creador de esas esculturas que dan testimonio de su arte en el más sublime momento del Amor.

Avanza la tarde del Jueves Santo y llega la noche. Las calles son un hervidero de vallisoletanos y viajeros que se congregan para admirar obras de arte; para revivir recuerdos queridos y tradiciones imperecederas. Son las horas en que, poco a poco, distintas procesiones traen a la Castilla de hoy la Tierra Santa de hace veinte siglos... Y un olor a cera va impregnando la atmósfera y el ambiente hecho para el silencio.

En una de ellas, la de Oración y Sacrificio, la Cofradía Penitencial de la Sagrada Pasión de Cristo, nacida en 1531, llega hasta la Santa Iglesia Catedral portando a hombros algunas de sus imágenes: el Santísimo Cristo del Perdón y Nuestro Padre Jesús Flagelado. Allí, en su estación de penitencia ante el Santísimo, los cofrades y cuantos desean acompañarlos recuerdan su antañona dedicación a los presos y los condenados a muerte. Es el momento en que se elevan plegarias por los privados de libertad...; pero no sólo los internos en centros penitenciarios carecen de libertad. Todos perdemos muy a menudo nuestra verdadera libertad... y hoy son tantas las circunstancias —y algunas tan llamativas—: abortos, eutanasia, desprecios a los derechos más elementales, a la dignidad de la persona, al derecho a tener un trabajo digno, a educar a los hijos de acuerdo con la fe, falta de acogida al inmigrante...



Amanece el Viernes Santo. Más silencio. La luz, tras hacerse un hueco, nos permite ver en la calle la Santa Cruz Desnuda con los hermanos de la Cofradía de la Orden Franciscana Seglar, con sabor a la amable humildad del «Pobrecito» de Asís. No en vano los hijos de San Francisco, instalados en Valladolid desde la segunda mitad del siglo XIII, dejaron honda huella en su convento de la Plaza Mayor, donde el descubridor del Nuevo Mundo exhaló su último aliento y donde Juan de Juni nos legó su depurado arte renacentista en el famoso Entierro de Cristo, que hoy se conserva en el Museo Nacional de Escultura.

Al mediodía la Plaza Mayor se torna templo al que acuden muchedumbres para escuchar el Sermón de las Siete Palabras, previamente pregonado a viva voz por los hermanos de la cofradía homónima, que cabalgan sobre caballos enjaezados con vistosos adornos. En cada esquina, en cada plaza, se oye la voz del pregonero:

«Sabed, Valladolid, que esta mañana
en tu Plaza Mayor, enardecida,
oirás del Redentor su voz herida
fluyendo en hontanar por la besana.

Acude, pueblo fiel, que Dios se ufana
en trance de morir y en su partida
quiere hablarte de amor en esta vida
cual espiga de paz que se desgrana.

Siete gritos de amor en testamento
brotarán de su boca agonizante,
rompiéndose la luz en el momento

que el Hijo de Dios muera y al instante
en medio del dolor y del tormento,
se hará la Redención mundo adelante».

(G. Garabito, Pregón de las Siete Palabras, 1995).

Siete grandiosos pasos desfilan lentamente por la Plaza Mayor vallisoletana mientras el predicador desgrana su sermón. La inspiración de los

imagineros nos deja ver ese patético sentimiento y la Cruz se convierte en el árbol de la vida: dolor y llanto de la madera..., y la ciudad se torna más silenciosa.

Cuando el día se acerca a su final las rúas vallisoletanas son testigos mudos de la Procesión General de la Sagrada Pasión del Redentor. En ella todas las cofradías de la ciudad nos anuncian que todo se ha consumado, al paso de monumentales máquinas escultóricas que mantienen el recuerdo de aquella sólida piedad contrarreformista en cuyo marco muchas de ellas se concibieron.

En este atardecer pasional sopla el viento nervioso por las viejas rúas vallisoletanas, que se hacen escenario sin par por donde una tríada de grandes genios de la escultura, de los siglos XVI y XVII, dejaron su impronta. Si Alonso Berruguete nos legó importantes obras, como el monumental retablo de la iglesia de San Benito, conservado en el Museo Nacional de Escultura, no hemos de olvidar a Juan de Juni, extranjero cautivado por Castilla, de manera tan íntima que parece hecho para dar sentido al dolor, a ese Entierro de Cristo tallado para la capilla del Obispo Guevara. En él brotó del pino un José de Arimatea de gran expresión teatral en una composición sin precedentes. ¿Cómo no mencionar a la Virgen de las Angustias? En ella plasmó de modo magistral y sublime el dolor profundo y sereno, al borde del desmayo de la Madre del Dolor.

Por fin, Gregorio Fernández, completa el trío en este hacer de teológico sentido. De ascendencia gallega, se asentó para siempre en nuestra ciudad. En él todo el dolor de la Pasión parece suavizarse y encauzarse por las corrientes del naturalismo más puro. Pienso que, frente al huracanado sentir de Berruguete o el dramatismo visceral de Juni, Fernández es el gran lírico. Hay ascesis, fuerza contenida cual sereno atardecer en la primavera castellana. Sin violencias ni arrebatos, todo serenamente concebido y escenificado.

El atavío de los sayones y la Verónica, la dignidad de las mujeres que acompañan camino del Calvario a Cristo, una vez que los Cristos flagelados nos han dejado un padecer sereno, son un armonioso conjunto de cromatismo e imaginaria. Luego van apareciendo los Crucificados. Pasos teatrales. La fe hecha arte, emoción, plástica sublime. Yacentes y Dolorosas entre titilantes hachones domeñados por la piedad encapuchada de miles de hermanos y cofrades con la vistosidad austera de sus hábitos; con la penitencia de sus

pies descalzos; con el redoblar de tambores y el gemir de cornetas. El discorrir en silencio, en oración o con esa plegaria que son las marchas fúnebres, ensayadas durante meses de esfuerzo, pone a Valladolid en el cénit de su mayor servicio a la teología redentora.

Con las ya citadas anteriormente concurren al acto las demás cofradías, partícipes invaluable en la gesta artística y, ante todo, devocional de la Semana Santa vallisoletana. Los cofrades de la Oración del Huerto y San Pascual Bailón, Nuestro Padre Jesús Atado a la Columna, Nuestro Padre Jesús Resucitado y María Santísima de la Alegría, los Artilleros, el Descendimiento y Santo Cristo de la Buena Muerte, el Santo Entierro y el Santo Sepulcro y Santísimo Cristo del Consuelo también alumbran pasos; portan cruces, y atestiguan que, como el Buen Ladrón, podemos cruzar los umbrales del Paraíso. Como escribió San Josemaría: «reconoció que él sí merecía aquel castigo atroz... Y con una palabra robó el corazón a Cristo y abrió las puertas del Cielo» (Vía Crucis).

En el mismo escenario del Gólgota, el cuerpo de Cristo reposa en los brazos de su Madre, acaso suscitando la añoranza de los meses esperanzados en que su seno protegía al Hijo que había de nacer, después de que María dijera «fiat» ..., y ahora:

«¡Qué dura y dolorosa despedida!
Ved al Hijo de Dios, su cuerpo yerto
en el mismo lugar que se hizo vida»

(G. Garabito, Pregón Nazareno, 2003)

Todo un peregrinar hasta el Santo Sepulcro, como he peregrinado dos veces a los Santos Lugares con la ilusión de un Caballero de la Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén que, hace años, ingresó en esta orden milenaria, cuya misión no es hoy la de los cruzados medievales, sino la de sostener la fe en Palestina creando empresas y escuelas, para que en la patria que vio nacer y morir al Señor siga habiendo católicos y custodios de los Santos Lugares.

Ya en la madrugada del Sábado Santo, la Virgen de las Angustias sale a la calle para permitir que las mujeres vallisoletanas y las que vienen de otras tierras la acompañen y la consuelen en su dolor de corredentora.

Las Vírgenes de Juni o de Gregorio Fernández, con los cuchillos o la espada que refleja el presagio del anciano Simón, son un raudal de serenidad dolorosamente dolorida. Por ello, la tarde del mismo Sábado, María, la Virgen de la Vera-Cruz (tallada por Fernández en 1623), es coronada como Reina del Dolor, en el templo de su cofradía y ante enfermos y representantes de las instituciones y de la cultura vallisoletana. Todo el dolor del discapacitado, del drogadicto, del solitario, del marginado, de las víctimas del terrorismo, de las guerras, de la violencia de género se ofrenda a los pies de la Señora junto a docenas de ramos florales. En su presencia brotan los más sinceros deseos de entrega:

«Quisiera ser, Señora, aquella encina
o aquel pino crecido en paramera,
tallada tu escultura en mi madera.
Ser manantial de linfa cristalina.

Ser aquel resplandor que se adivina
en manos del artista yo quisiera
para esculpirle el alma a la manera
que sobrevuela el mar la golondrina.

También quisiera ser, humildemente,
la gota de rocío en tu besana.
Ser siempre de ti verso trascendente.

Ser de ti campanil y ser campana
y poderte anunciar eternamente,
como Señora y Madre Soberana».

(G. Garabito, Pregón de Semana Santa, 1986)

Los días de Pasión nos conducen a la aurora de la Pascua. El Domingo de Resurrección, la alegría de los cofrades, del bullicio de los niños, el caminar de jóvenes y adultos, las mantillas blancas, las flores... todo nos habla de que nuestra fe no es algo vano, sino garantía de que quien muere con Cristo, con Él resucita... Y una bandada de palomas surca el horizonte castellano en busca de ramitas de olivo, como presagio de paz.

Por eso Valladolid te brinda la oportunidad de ver cómo «La Redención se hace carne en la madera», según dije en mi *Pregón* de 1986 en esa ciudad abierta a los cuatro puntos cardinales.

En ella se ofrece además el pan candeal de la amistad, servido sobre el blanco mantel de una cortesía acrisolada, junto al vino de nuestras denominaciones de origen, servido en la copa de nuestra caballerosidad e hidalguía. Al mismo tiempo puedes admirar tantos monumentos que han sido objeto de distintas declaraciones de «excelencia», entre bellos jardines y recoletas plazas.

Si la ciudad fue cadalso para Álvaro de Luna, también vio nacer a Enrique IV y acogió a la fundadora Santa Teresa.

Por todo eso, amigo, acércate a Valladolid siempre que lo desees, porque siempre encontrarás el sabor de una ciudad cosmopolita, de antiguo saber universitario. El progreso de su industria, la modernidad de su comercio de porte europeo, lo mejor de su gastronomía y el calado de sus gentes, en toda ocasión te darán la respuesta positiva de su gratitud por tu visita, junto a la más efusiva bienvenida.

GODOFREDO GARABITO Y GREGORIO
De la *Real Academia de Bellas Artes de la
Purísima Concepción* y Caballero de la
Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén





Ayuntamiento de Valladolid